

RAMIRO LEDESMA RAMOS Y EL NACIMIENTO DEL NACIONAL-SINDICALISMO Stanley G. Payne

El ensayista y escritor Ramiro Ledesma Ramos, un joven filósofo intenso y riguroso, dio una forma distinta y mucho más clara al proyecto fascista que Giménez Caballero fue incapaz de definir coherentemente. Si Gecé fue el primer intelectual que se declaró definitivamente fascista, Ledesma Ramos fue el primer intelectual que definió un fascismo español relativamente claro y preciso.

Ledesma nació en una pequeña ciudad de la provincia de Zamora en 1905, hijo de un maestro de escuela, que a su vez también tuvo un padre de la misma profesión. Al principio pareció ser uno de esos precoces estudiantes típicos de un ambiente provinciano. Sin contar con los medios económicos necesarios para seguir una elevada educación reservada a las élites, terminó su bachillerato a la edad de dieciséis años y se examinó por libre en Salamanca, después de lo cual se trasladó a Madrid para preparar las oposiciones para el Cuerpo de Correos y Telégrafos. Pese a su juventud, obtuvo el primer puesto en la oposición y pasó a ocupar su cargo tan pronto cumplió la edad mínima requerida, en 1922. Durante varios años fue trasladado a distintas ciudades e hizo el servicio militar obligatorio en el Centro de Automovilismo del Ejército en Barcelona, en el tiempo del golpe de Primo de Rivera. Más tarde, cumplido ya el servicio militar, fue destinado permanentemente a Madrid. Su familia se trasladó a la capital en 1924 y durante el resto de su corta vida vivió en el piso familiar situado en la zona centro-norte de Madrid.

A la edad de dieciocho años, Ledesma había escrito ya una novela filosófica y dramática, presentada como las memorias de un intelectual pesimista que finalmente acabaría por cometer suicidio. Un tío suyo, amable e indulgente, subsidió en 1924 la publicación de este esfuerzo juvenil, *El sello de la muerte*. Más adelante, Ledesma escribiría otra novela, también de carácter filosófico, condenada a no ser publicada. Sin embargo, pronto, cual típico *Weltschmerz* joven y nietzscheano, pasó a dedicarse a estudios más serios. Completó el bachillerato superior en un prestigioso instituto de Madrid y se matriculó en la universidad, donde obtuvo la licenciatura en Filosofía en 1930. La filosofía se convirtió en su pasión y pasó del racionalismo cartesiano al idealismo neokantiano de Hermann Cohen y a la más reciente filosofía matemática alemana. Aprendió a leer correctamente el alemán y su habilidad con las matemáticas le permitió enfrentarse con complejos aspectos de la lógica con relativa facilidad. Durante los últimos años de la década de 1920-1930, es posible que Ledesma se convirtiera en el joven intelectual más leído de Madrid, pues devoró una gran cantidad de obras de autores españoles, alemanes, franceses e italianos. (En contraste, la cultura del empirismo anglosajón no le interesaba.) Sobrio, tenso y abstracto, este joven intelectual de ojos verdes, estatura media y razonablemente atractivo —aunque no convencionalmente guapo— parece haber tenido poca, si alguna, vida privada y no se le conocía ningún tipo de vida sexual. Las mañanas las dedicaba a su trabajo de funcionario, mientras que las tardes, las primeras horas de la noche y los fines de semana los empleaba en asistir a sus clases universitarias o a su incesante leer y escribir. (7)

Cuando apenas tenía poco más de veinte años, Ledesma comenzó a hacerse un nombre como traductor de obras filosóficas del alemán y como ensayista y crítico de las nuevas tendencias filosóficas. Sus escritos encontraron buena aceptación en la publicación cultural y filosófica más importante de la capital (*La Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset), en la principal revista literaria (*La Gaceta Literaria*) y en el diario más influyente (*El Sol*). (8) Fue bien recibido en las tertulias tanto de Ortega como de Gecé.

Cuando terminó el período de la Dictadura, Ledesma estaba bien situado para seguir una carrera como la temprana de Manuel Azaña —dividida entre una posición burocrática poco exigente y los asuntos intelectuales y literarios— o para ampliar sus estudios universitarios en preparación para una carrera académica. De hecho no hizo ni lo uno ni lo otro, pues 1930 fue el año de una decisión distinta.

Si el dilema entre subjetividad y objetividad fue una cuestión importante en sus estudios filosóficos, sus posteriores lecturas de las obras de Husserl y Heidegger le dieron el valor necesario para moverse directamente hacia objetivos existenciales y experiencias, dejando a un lado los problemas epistemológicos. En 1930 el nuevo concepto más importante para él fue el *Angst* heideggeriano. La angustia y la amenaza de la nada sólo podían ser superadas por la voluntad y el logro, por una acción que se fuese convirtiendo cada vez más en acción directa.

Durante algún tiempo, Ledesma llegó a estar cada vez más interesado por «el problema de España», que había preocupado y asustado a otros intelectuales españoles, antes que a él, sin encontrar solución. Al principio, su preocupación se enfocó en la cultura hispánica y se lamentó: «Somos el único gran pueblo que no ha esgrimido aún el cetro filosófico. Y, por tanto, que todavía no ha proyectado sobre el mundo una dictadura intelectual.» (9) Se decía que había terminado el manuscrito de un libro titulado *Filosofía del Imperio*, que trataba de la diversidad de la cultura hispánica a nivel mundial y su extensa bibliografía, que posteriormente se perdió en la editorial que estaba estudiando sus posibilidades de publicación. (10) Ledesma adoptó la crítica «españolista» estandarizada, sosteniendo que su declinar no se debía a una decadencia interna sino a la derrota militar externa y que la frustración nacional procedía de la falta de unidad y el recurso a los modelos del noroeste de Europa. Finalmente, sin embargo, quedó convencido de que España no podría encontrar solución tratando de regresar a su pasado cultural y llegó a la conclusión de que necesitaba una moderna revolución de unidad, autoridad y liderazgo, central y con un programa económico revolucionario, que volviera a integrar a las masas con la firme disposición de afirmar la fuerza de la voluntad, la violencia y la conquista de un nuevo lugar en el mundo. Lo que España necesitaba era algo parecido al fascismo.

Ledesma hizo pública por vez primera esta expresión de sus sentimientos extremadamente nacionalistas y filofascistas en un banquete literario, muy concurrido, en honor de Giménez Caballero. Aunque los relatos difieren, parece ser que sus manifestaciones crearon cierto escándalo. Ledesma era bien consciente del peligro que corría de ser marginado, sin más, si se le colocaba la etiqueta peyorativa de «fascista» y escribió en el *Heraldo de Madrid* que «nosotros», refiriéndose principalmente a él mismo, «no somos fascistas». Todo el año fue un período de autodebate en el cual la palabra «rigor» apareció frecuentemente en sus escritos. Y el último escrito filosófico de Ledesma fue publicado en *La Revista de Occidente* en diciembre de 1930. Poco después tomó la decisión de abandonar la universidad y la filosofía para dedicarse a la actividad política y a «salvar a España».

La repentina catarsis conmovió a algunos de los amigos y conocidos de Ledesma, que no podían concebir que este joven intelectual obsesivo fuera otra cosa que catedrático, filósofo o escritor, pero los dados estaban echados. A principios de 1931 reunió a nueve colaboradores, todos ellos más o menos de su edad. El joven y todavía inexperto escritor y periodista Juan Aparicio, que hizo de secretario del pequeño grupo, observaría más adelante que tenían en común «su juventud y su formación universitaria» (11) Firmaron su primer manifiesto a la luz de las velas en una oficina que consistía en cuatro grandes habitaciones sin amueblar; y su nuevo órgano informativo, al que llamaron *La Conquista del Estado* en imitación del semanario italiano del mismo nombre (*La conquista dello Stato*), editado por el fascista italiano Curzio Malaparte, apareció con sólo unas pocas páginas el 14 de marzo de 1931. Al principio el dinero fue un problema desesperante, y el primer subsidio que recibieron les fue ofrecido por José Antonio de Sangróniz y procedía de los fondos de la Comisaría Regia del Turismo. (12)

Su primer número bombardeó al lector con lemas y declaraciones apodípticas que proclamaban: «SUPREMACÍA DEL ESTADO... la soberanía última residirá en él y sólo en él... Corresponde al Estado, asimismo, la realización de todos los valores de índole política y cultural que dentro de este pueblo haya. Defendemos, por tanto, un panestatismo, un Estado que consiga todas las eficacias.» «...Vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales.» «EXALTACIÓN UNIVERSITARIA. ...la Universidad es para nosotros el órgano supremo (creador) de los valores culturales y científicos. Pueblos sin

Universidad permanecen al margen de las elaboraciones superiores. Sin cultura no hay tensión de espíritu, como sin ciencia no hay técnica.» «ARTICULACIÓN COMARCAL DE ESPAÑA. La primera realidad española no es Madrid, sino las provincias. Nuestro afán más radical ha de consistir, pues, en conexionar y articular los alientos vitales de las provincias... Por eso, el nuevo Estado admitirá como base indispensable de su estructuración la íntegra y plena autonomía de los municipios», para revivir la antigua tradición de las autonomías locales. «ESTRUCTURA SINDICAL DE LA ECONOMÍA... El nuevo Estado impondrá una estructuración sindical de la economía... El nuevo Estado torcerá el cuello al pavoroso y tremendo problema agrario que hoy existe, mediante la expropiación de los terratenientes.» Las tierras expropiadas deberían ser entregadas directamente a la población rural bajo la supervisión de los municipios locales «y con tendencia a la explotación comunal y cooperativista». «No buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos equipos jóvenes militantes, sin hipocresías frente al fusil ni a la disciplina de guerra. Milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de su antimilitarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar de responsabilidad y lucha. Nuestra organización se estructurará a base de células sindicales y células políticas.»

Los miembros del nuevo grupo debían tener entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años de edad.

Ledesma ha sido descrito, incluso por sus amigos, como un hombre de «personalidad fría», y aunque normalmente se vestía correctamente con traje y corbata, un tanto desaliñado y descuidado en apariencia. (13) Más tarde sería recordado como «un hombre de duro temperamento e intolerancia acerada». (14) No cabe duda de que fue el más agresivo y tozudo de todos los intelectuales nacionalistas en España.

En uno de los primeros números de *La Conquista*, Ledesma rindió homenaje a la vida intelectual que había abandonado, y observó que el intelectual «constituye un tipo humano magnífico y es, de todos los estratos sociales, el más indispensable», pero añadió que una crisis nacional exigía más que meras especulaciones teóricas. (15) Por esa razón había una considerable ironía en el hecho de que casi toda la breve carrera política de Ledesma se dedicara poco más que a la práctica de la teoría propagandística y a la repetición de ideas sencillas y generalmente radicales.

El primer número de su nueva publicación causó poco impacto, excepto para despertar risas entre algunas de las relaciones intelectuales de Ledesma que se refirieron al nuevo periódico como «La Conquista del Establo». Giménez Caballero le envió su apoyo desde Barcelona y colaboró en varios números; pero en Madrid la única voz que se alzó en la prensa para hablar en su favor fue la del autoritario de derechas Ramiro de Maeztu.

Ledesma y sus asociados se negaron a aplicarse a sí mismos el término de fascistas aun cuando su terminología dejaba perfectamente clara su inspiración italiana. Uno del grupo, Antonio Bermúdez Clarete, fue el primer traductor al español de *Mein Kampf*, la famosa obra de Hitler, que Ledesma confiaba en ser el primero en editar en España. (16) Sin embargo, Ledesma era consciente de la necesidad de hacer algo más que imitar un movimiento extranjero y buscaba desarrollar su forma personal de nacionalismo español revolucionario.

Aunque *La Conquista del Estado* exigía la extirpación del marxismo como materialista, antiespañol y subversivo, daba la bienvenida a todos los regímenes revolucionarios en el extranjero, incluyendo a la Unión Soviética, e incluso declaró que preferiría un sistema económico de tipo soviético en España, siempre que fuera puramente español, que el dominio continuado de la «burguesía extranjera». El número cuatro de la publicación (4 de abril) pedía la inmediata revocación de todas las concesiones al capital extranjero, pero esa edición acabó siendo retirada por la policía, sobre todo porque ya en el número anterior se había insistido sobre la intención del grupo de «imponer violentamente su política».

El 4 de junio, el pequeño periódico era todo un grito:

¡Viva el mundo nuevo del siglo XX!

¡Viva la Italia fascista!

¡Viva la Rusia soviética!

¡Viva la Alemania de Hitler!

¡Viva la España que haremos!

¡Abajo las democracias burguesas y parlamentarias!

La Conquista del Estado subrayaba que «el individuo ha muerto» y que su meta era el «Estado colectivista» y confiaba en ganar sectores de la izquierda para un nacionalismo revolucionario en lo social. Tenía puesta su mirada principalmente en la FAI-CNT, libre del marxismo y de la influencia internacional socialista-comunista. Es posible que Ledesma incluso se hubiera dado cuenta de que, como él mismo, algunos anarquistas se habían sentido atraídos por el libro de Malaparte *La técnica del golpe de Estado*. (17) El ganarse a sus filas a los anarcosindicalistas habría de convertirse en un objetivo largamente acariciado del fascismo español, que duró hasta bien entrados los cuarenta, pero en el que nunca tuvieron mucho éxito.

Pese al «sorelianismo» de algunos anarquistas, tan sólo uno de los líderes locales, Nicasio Álvarez de Sotomayor, fue seducido por Ledesma para que se uniera a su grupo. Mientras tanto, *La Conquista* urgía a los trabajadores agrícolas para que exigieran la nacionalización de los latifundios y se anunció la formación de un «Bloque Social Campesino», algo que, como la mayoría de sus proyectos, nunca se materializó.

Para finales de mayo, cuando el movimiento en favor de la autonomía catalana ganaba fuerzas, *La Conquista* lanzó lo que sería una campaña chillona y continuada contra el «separatismo» catalán, al tiempo que declaraba: «Afirmamos nuestra voluntad de imperio», y les aseguraba a los catalanes que su región tendría «un lugar privilegiado» en una España imperial que se extendiera «desde los Pirineos hasta el Sahara». Para mediados de julio sus actividades anticatalanas, que incluyeron un esfuerzo menor y fallido hacia el terrorismo, llevaron a la primera detención de Ledesma por la policía. Aunque sólo se pasó diez días en la cárcel, para ese momento su publicación era ya el objetivo de tres acusaciones y se había quedado sin dinero. Sin embargo, en septiembre Ledesma recibió un nuevo, aunque pequeño, aporte financiero procedente de jóvenes nacionalistas españoles de Bilbao, como, por ejemplo, José Félix de Lequerica y José María de Areilza, que tenían acceso a los círculos económicamente poderosos en Vizcaya. (18) Eso apenas fue suficiente para cuatro números más, que salieron durante el mes de octubre, antes de que *La Conquista del Estado* cesara su publicación permanentemente.

Sería Areilza quien, años más tarde, haría el mejor retrato breve de Ledesma, el revolucionario nacionalista:

Ramiro era un hombre en la treintena, no muy alto, de aspecto fornido, recio, de cara pálida, nariz prominente, barbilla afirmativa, frente despejada, pelo abundante de color castaño oscuro y una mirada gris acerada, profunda e inquisitiva, como de hombre sumido en reflexión, atento a la meditación interior. Cooperaba a esa sensación su sordera bastante acentuada que ponía una nota de interrogante perenne a su rostro cuando escuchaba a su interlocutor, midiendo la modulación de sus labios. Hablaba con un ligero acento entre galaico y extremeño, propio de la tierra fronteriza de Zamora de la que procedía. Rodaba un poco las erres y añadía cierto tono nasal a la dicción. Era una mente clara, ordenada y metódica. Exponía, analizaba y enjuiciaba. Parecía hombre acostumbrado a manejar esquemas mentales y a navegar entre coordenadas matemáticas. (19)

Lo que Ledesma había logrado, aunque débilmente, fue lanzar la idea de un nacional-sindicalismo revolucionario ligado a una dictadura estatal y a un nacionalismo extremo, a la gloria del imperio, anticapitalismo y expropiación de los latifundios, la exaltación del papel creativo de los jóvenes y la importancia de la violencia, pese a que su grupo era demasiado pequeño para poder practicarla. Lanzó por la radio numerosos nuevos lemas acuñando frases que posteriormente serían repetidas durante muchos años. Tenía menos éxito en la elección de símbolos visuales y sólo se le ocurrió la «garra hispánica» (una especie de garra de león) y el «imperio solar» (una referencia metafórica que parecía casi japonesa)

El único grupo nacionalista autoritario obrero en la España contemporánea fue el de los Sindicatos Libres de Barcelona, que se enfrentaron en violenta batalla contra la CNT antes de 1923, y que después se expandieron brevemente para convertirse en un movimiento nacional bajo la Dictadura. De origen carlista, los Libres no eran, como alegaban sus detractores, «un

sindicato amarillo», sino, en su propia forma, una auténtica organización obrera. Durante los últimos años de la década de 1920-1930 sus doctrinas pasaron a ser las de un corporativismo españolista y autoritario, aunque uno que tenía que ser sopesado contra el capital. Si bien en su origen fueron amistosos con el fascismo italiano y en líneas generales opuestos a los sindicatos católicos españoles ya existentes, por demasiado derechistas y dominados por el capitalismo, la mayor parte de los directivos de los Sindicatos Libres conservaban cierta orientación católica, y por lo general evitaban abrazar el fascismo. De hecho, la llegada de la República terminó con toda esperanza para su movimiento, que fue aplastado por las organizaciones de masas de la CNT y la UGT y, también, víctima de la violencia anarquista, que asesinó a veintidós miembros de los Sindicatos Libres durante las primeras semanas que siguieron a la proclamación de la República. (20) Los Libres ofrecieron, individualmente, el reclutamiento de miembros para el fascismo español, pero nada parecido a un apoyo organizado.

Otro pequeño grupo extremadamente nacionalista fue fundado en Valladolid durante el verano de 1931 por Onésimo Redondo Ortega. Redondo procedía de un medio familiar rural y católico. Sólo tres meses mayor que Ledesma, él también consiguió de muy joven una plaza de funcionario en el ministerio de Hacienda mientras estudiaba Leyes en la Universidad de Salamanca. En 1927-1928 trabajó durante un año como profesor auxiliar en los cursos de lengua española en la Escuela Superior de Comercio de Mannheim (Alemania), donde entró en contacto a cierta profundidad con la ideología nazi. Antes de terminar su servicio militar en 1930, Redondo trabajó, también, como secretario asesor del Sindicato de Cultivadores de Remolacha de Castilla la Vieja, lo que le facilitó cierta experiencia en organización económica y el establecimiento de unos contactos profesionales que mantendría durante el resto de su vida.

Redondo era un voraz lector pero no un intelectual profesional como Ledesma Ramos. Era, además, una persona muy devota y extremadamente católica, que vivía una vida normal de hombre casado como esposo y padre. (21)

Las pasiones de Redondo eran la unidad nacional, la primacía de los valores tradicionales españoles y la justicia social. La defensa de la sociedad rural de León y Castilla la Vieja formaban la base social de su actividad política, mientras que una especie de «esencialismo castellano» yacía en la raíz de su nacionalismo español. La Acción Católica, con la que en un principio estuvo asociado, acabó por parecerle pálida y dada al compromiso. Redondo buscaba un movimiento joven radical y nacionalista, conservador en lo religioso pero violento en estilo y tácticas. Con recursos extremadamente limitados y pocos seguidores, fundó un semanario llamado *Libertad*, cuyo primer número apareció el 13 de junio de 1931, justamente tres meses después de la salida de *La Conquista del Estado*. (21)

«¡Castilla: Salva a España!» gritaban los grandes titulares de *Libertad*. El remedio para la enfermedad de España estaba «en el pueblo», que él entendía como la sociedad católica y rural de Castilla la Vieja, a la que Redondo convocaba para salvar al resto de España de las influencias materialistas, «pornográficas» y «judías» que estaban corrompiendo al país. Aprobaba *La Conquista del Estado* pero condenaba su falta de antisemitismo, que él creía indispensable para un auténtico nacionalismo. Igualmente, la coeducación republicana era «un crimen ministerial contra las mujeres decentes. Es un capítulo de la acción judía contra las naciones libres. Un delito contra la salud del pueblo, que deben penar con su cabeza los traidores responsables». (23) El semanario *Libertad* era más belicoso que el periódico de Ledesma y en su segundo número declaró «estamos enamorados de cierta saludable violencia».

Redondo manifestó que España vivía ya en un estado de guerra civil y exhortó a la verdadera juventud española a que se preparara para dar la batalla. Con el apoyo de unos pocos estudiantes radicales y un puñado de otros seguidores en Valladolid, organizó, en el mes de agosto, un pequeño grupo al que llamó las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica. Este grupo no era en manera alguna una imagen en el espejo del pequeño grupo de Ledesma. Aunque ambos proclamaban ser nacionalistas radicales, opuestos al materialismo, a la decadencia y a la burguesía, había diferencias de énfasis. Las consignas de Ledesma eran en cierto modo más puramente abstractas, pero más claramente revolucio-

narias en lo estatal y en lo económico, completamente seculares y no antisemitas. El grupo de Redondo estaba menos interesado en el Estado (quizá como un reflejo de sus orígenes católicos), era vehementemente antisemita y más categórico en su llamada a la violencia. (24)

Pese a esas diferencias era obvio que ambos grupos se necesitaban uno a otro. Ambos se diferenciaban claramente de la derecha radical de los monárquicos de las clases media y alta, y en su penúltima edición del 10 de octubre, *La Conquista* anunció la inmediata formación de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) —de nuevo un ejemplo de analogía verbal, como en el caso de «Fasci di Combattimento», con el añadido de un adjetivo diferente (aunque bastante fascista)—, que representaban una fusión de los dos grupos. La nueva organización debía estar gobernada por un consejo nacional, pero que en la práctica era un duunvirato en el que Ledesma y Redondo seguirían con el mando autónomo, más o menos mutuo, de sus respectivos bandos.

Los «jonsistas», como eran llamados sus escasos miembros, pertenecían a la primera organización política que en España lucía oficialmente la etiqueta nacional-sindicalista. Como símbolo eligieron el yugo y las flechas de los Reyes Católicos, un símbolo adecuado para quienes soñaban con resucitar la grandeza imperial de España. (25) Durante ese período Ledesma acuñó diversos lemas como «¡Arriba España!» y «España: Una, Grande y Libre» que se convertirían en consignas «oficiales» establecidas en el movimiento durante muchos años. (26) Para simbolizar aún más sus objetivos revolucionarios, los jonsistas adoptaron para su bandera los colores rojo y negro de los anarquistas. En su manifiesto de apertura declararon que su intención era construir «Juntas de Ofensiva nacional que, apelando a la violencia, destruyan por acción directa del pueblo los gérmenes disolventes».

Con la voz rasposa de Ledesma momentáneamente silenciada, debido a la falta de fondos, el principal portavoz de las JONS fue en principio Onésimo Redondo. Ledesma no se sentía optimista por ello sobre todo al observar, más tarde, que el grupo de Valladolid, debido a sus orígenes derechistas y ultracatólicos, «no ofrecía muchas garantías de fidelidad al espíritu y a los propósitos de las JONS». (27) Frente a todo aquel que dirigía su atención a esos orígenes, Redondo insistía en que las JONS no estaban ligadas políticamente ni con la Iglesia ni con la monarquía. Su nacionalismo se declaraba pragmático y despreciativo con las viejas doctrinas y los esquemas rígidos. Los dos mayores males de España eran «la extranjerización y el culto a las fórmulas». (28) Redondo pedía una «dictadura popular» que debía desarrollar su propio líder y su propio programa a partir del proceso de su propia dialéctica, un alegato típicamente fascista en busca de un vitalismo pragmático. (29)

Como Ledesma admitió más tarde: «Durante todo el año de 1932, la actividad de las JONS fue casi nula.» (30) Él continuó frecuentando el Ateneo de Madrid, que durante algún tiempo le sirvió como su principal biblioteca, pese a que su continua presencia se había vuelto impopular. El 2 de abril, se presentó en el Ateneo, vistiendo una camisa negra, para pronunciar una conferencia sobre el tema «Fascismo frente a marxismo», que finalmente terminó en desorden cuando los veinticinco jonsistas presentes se lanzaron a pelear con un grupo algo mayor de izquierdistas. La verdad es que un número tan escaso de activistas no estaba en condiciones de llevar a cabo actos de una violencia verdaderamente digna de ese nombre, y tan sólo se limitaron a quemar algún quiosco que vendía literatura izquierdista o a tratar de interrumpir en algún cine la proyección de una película soviética.

Ledesma había tenido que abandonar su primera oficina en mayo de 1931, por falta de fondos, y después de alquilar otra le ocurrió lo mismo un año después.

Mientras tanto, en Valladolid, los estudiantes de Onésimo Redondo eran bastante más activos y se vieron involucrados en varias reyertas con sus oponentes. La primera desgracia entre los fascistas españoles ocurrió el 11 de mayo de 1932 cuando los jonsistas, desafiando la expresa prohibición, se manifestaron para mostrar su oposición a la autonomía catalana. Desde Madrid se envió un destacamento de guardias de asalto para contenerlos que acabó abriendo fuego contra los manifestantes, frente al ayuntamiento, causando la muerte a un jonsista de dieciséis años. (31)

Este período de frustración no fue usado por los jonsistas para elaborar sus ideas de modo más preciso. Tampoco se diseñó teoría alguna de organización sindical y la propaganda continuó a nivel de vagas generalizaciones. (32)

En el verano de 1932, se presentó una nueva tentación cuando comenzó a tomar forma, entre los monárquicos y un pequeño sector de los militares, una confusa conspiración contra la República. La revuelta del general José Sanjurjo, el 10 de agosto en Sevilla y Madrid, frecuentemente llamada «la sanjurjada», fue abortada con facilidad. Redondo, que estaba implicado marginalmente, huyó a Portugal. Ledesma, que probablemente pensó que se trataba de un gesto reaccionario absurdo, no tuvo nada que ver con ella, pero fue detenido con otros varios cientos de sospechosos. Para finales de 1932, el movimiento jonsista apenas si seguía vivo.

Notas:

7. Existen dos biografías, ambas tituladas *Ramiro Ledesma Ramos*, por Tomás Borrás, Madrid, 1971 y J. M. Sánchez Diana, Madrid, 1975. Ambas ofrecen notas breves de sus años tempranos.

8. Sus principales escritos filosóficos fueron recogidos de modo póstumo en forma de libro con el título de *Los escritos filosóficos de Ramiro Ledesma*, Madrid, 1941.

9. Citado en Sánchez Diana, *Ramiro Ledesma*, p. 58.

10. De acuerdo con Borrás, *Ramiro Ledesma*, p. 45.

11. Juan Aparicio, en el prefacio de su nueva edición de *La Conquista del Estado*, Barcelona, 1939. En sus memorias, *¿Fascismo en España?*, Madrid, 1935, pp. 78-81, Ledesma ofrece un breve perfil del grupo fundador.

12. De acuerdo con una entrevista con Aparicio en Selva Roca de Togones, «Giménez Caballero». Aparicio se refirió a esto en otras ocasiones.

13. E. Aguado, *Ramiro Ledesma en la crisis de España*, Madrid, 1943.

14. E. Hughes, *Report from Spain*, Nueva York, 1947, pp. 23-24.

15. *La Conquista del Estado*, 11 de abril de 1931.

16. De acuerdo con Sánchez Diana, *Ramiro Ledesma*, p. 96.

17. Cf. F. Miró, *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*, México D. F., 1967, pp. 54-55.

18. Ledesma se las arregló para comprarse una motocicleta a plazos, que usaba para sus excursiones de fin de semana y algún que otro viaje ocasional a Bilbao para buscar nuevo apoyo y hacer una de sus raras visitas a la tertulia de Pedro Eguillor, un bilbaíno doctrinario del nacionalismo autoritario español. Sobre el círculo de la derecha radical del nacionalismo español en Bilbao, véase G. Plata Parga, *La derecha vasca y la crisis de la democracia española (1931-1936)*, Bilbao, 1991, pp. 28-40, y Loyola Arana Pérez, *El monarquismo*, pp. 111-119.

19. J. M. de Areilza, *Así los he visto*, Barcelona, 1974, p. 89.

20. C. Winston, *Workers and the Right in Spain, 1900-1936*, Princeton, 1985, pp. 226-230. (Hay trad. esp.)

21. El único trabajo es J. L. Mínguez Goyanes, *Onésimo Redondo (1905-1936): Precursor sindicalista*, Madrid, 1990. Véase, también, *Onésimo Redondo, caudillo de Castilla*, Valladolid, 1937 y *Onésimo Redondo. Vida, pensamiento, obra*, Valladolid, 1941.

22. De todas las publicaciones nacional-sindicalistas sería la de más larga vida. Véase R. M. Martín de la Guardia, *Información y propaganda en la Prensa del Movimiento: «Libertad» de Valladolid, 1931-1979*, Valladolid, 1994.

23. *Libertad*, 28 de diciembre de 1931.

24. Para una discusión sobre las características del grupo de Redondo en comparación con el fascismo genérico, véase J. L. Jérez-Riesco, *La Falange, partido fascista*, Barcelona, 1977, pp. 57-79.

25. Un uso moderno de ese emblema es posible que fuera sugerido por vez primera por el socialista Fernando de los Ríos, catedrático de la Facultad de Derecho en la Universidad de Granada, en una clase a la que asistió Juan Aparicio. Ese emblema figuraba en el escudo

municipal de Guadix, la ciudad natal de Aparicio. M. Fernández Almagro, *Historia de la Segunda República Española*, Madrid, 1940, p. 212; F. Guillén Salaya, *Los que nacimos con el siglo*, Madrid, 1953, p. 96.

Parece, sin embargo, que el símbolo fue recomendado también por algunos escritores nacionalistas, como Giménez Caballero y Rafael Sánchez Mazas, en discursos y artículos a partir de 1927-1928. Este último declaró en Santander en enero de 1927: «Nunca tuvimos otro escudo mejor... Repongamos en el escudo yugo y haz.» *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, 9,1 (enero-marzo de 1927). Citado en I. Gibson, *En busca de José Antonio*, Barcelona, 1980, p. 39; D. Jato, *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1967, p. 104.

26. Cf. R. Ledesma Ramos, *Discurso alas juventudes de España*, Madrid, 1935, p. 14.

27. Ledesma, *¿Fascismo?*, p. 97.

28. En *El Estado Nacional* (un breve análisis de la discusión sobre doctrina política, dirigida por Redondo), 20 de febrero de 1932.

29. *Libertad*, núm. 36, 15 de febrero de 1932.

30. Ledesma, *¿Fascismo?*, p. 78.

31. V. Frago del Toro, *La España de Ayer*, Madrid, 1973,I, pp. 168-170.

32. Para un intento de sistematizar los esbozos de las ideas de Ledesma, véase M. Moreno Hernández, *El nacional-sindicalismo de Ramiro Ledesma Ramos*, Madrid, 1963.

[El texto reproducido ocupa las páginas 135 a 148 (a.i.), del capítulo 3, El fascismo de los intelectuales, del libro *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Planeta, 1997, 712 p.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN SOBRE RAMIRO

>DOCUMENTO N. 75